

## VIGILIAS DEL ESTIO.

### PROSPECTO.

¡Cuán serena y pacífica levanta  
Su modesto fanal la tibia luna,  
Y con sus tintas de misterio encanta  
Cuanto debajo de su faz se aduna!

¡Cuánta bella ilusión nos aparece  
En la estension del campo solitario,  
Que se acerca ó se vá, que mengua ó crece,  
Al soplo inquieto del ambiente vario!

¡Oh! tras el sol de perezoso día  
De Julio abrasador, que el alma enerva  
Cuando en lugar de luz rayos envía  
Que agostan flores, árboles y yerba.

Se ensancha el corazón: el alma sube  
Del entusiasmo en alas, y se encumbra,  
Y de astro en astro vá, de nube en nube,  
Hasta que clara inspiración la alumbrá.

Y esa es la mía: en la nocturna vela  
De Julio ardiente, el pensamiento mío  
Con noble inspiración se encumbra y vuela;  
Y estas son mis *Vigilias del Estio*.

Nada profano hay en ellas,  
Lector, no hay en sus renglones  
Mas que viejas tradiciones  
Y acaso fábulas bellas.

No tienen mas intención  
Que hacer humilde memoria  
De nuestra pasada historia,  
De nuestra fé y religión.

Y abrevio anuncios prolijos.  
Lector, dar puedes en suma  
Cuanto salga de mi pluma  
A tu mujer y á tus hijos.

¡Fálteme la luz del sol  
Si algo impío ni extranjero  
Que haya en mis escritos quiero,  
Que al cabo nació español.

JOSE ZORRILLA.

### A MI AMIGO

D. CARLOS LATORRE.

### EL TALISMAN.

LEYENDA TRADICIONAL.

### INTRODUCCION.

Adora el pobre Genaro  
A la hermosa Valentina,  
Correspóndele ella fina,  
Pero les cuesta bien caro.

Porque entre ambos á dos media  
Viejo y celoso un tutor,  
Y al cabo vendrá su amor  
A concluir en tragedia.

Pues en la audiencia togado,  
Y poderoso en la corte,  
No hay empresa que no aborte  
Como en ello esté empeñado.

Toda Sevilla respeta  
Su ciencia, y teme su enojo:  
Que el viejo es hombre de arrojo,  
Y no hay quien le ponga meta.

Con fama de rectitud,  
Y harto hipócrita exterior,  
Es un hombre superior  
En justicia y en virtud.

Tal vez le odia la nobleza,  
Y el populacho le acata,  
Que es de cuna (hablando en plata)  
Columpiada en la bajeza.

Y á su génio emprendedor,  
Y á su ingenio y travesura,  
Debe el verse en tal altura  
Y gozar tanto favor.

Tal es el hombre que tienen  
Por enemigo estos mozos,  
Y que agua todos sus gozos,  
Mas con su suerte se avienen.

Y ellos á amarse constantes,  
Y él á perseguirles fiero  
Nadie cederá primero,  
Ni el tutor, ni los amantes.

Mas pobre el mozo y altivo,  
Rica Valentina y bella,  
Y el tutor prendado de ella...  
Mala esperanza conciba.

Cuanto nuevas ocasiones  
Imaginan los mancebos,  
Tanto el tutor halla nuevos  
Estorbos y precauciones.

Si abre la niña una reja  
Y el aya avizor elude,  
Luego á cerrársele acude  
La cólera de la vieja.

Si al volver del arenal  
Por desgracia se hace noche,  
La llevan dentro del coche,  
Pero lejos del cristal.

Y en vano es que la sofoque  
Todo el calor de Sevilla,  
No haya miedo que el golilla  
Junto al vidrio la coloque.

Jamas del uno se aparta;  
Ni deja al otro la dueña,  
Que puede hacer una seña,  
O arrojar alguna carta.

Pero por mucho que avaro  
La guarda el viejo y la esconde,  
No encuentra lugar en donde  
Ocultarla de Genaro.

A cada paso en secreto  
Muda casa, mas se aburre  
Pues por mucho que discurre  
Jamás consigue su objeto.

Y cuando mas se imagina  
Seguro en algun rincón,  
Alcanza desde un balcón  
A Genaro en una esquina.

Tal cariño, vive Dios,  
En Valentina le asombra;  
Luego el mozo es una sombra  
Siempre de ella y dél en pos.

Y no hay miedo de ahuyentarlo,  
Pues son inútiles trazas  
Las súplicas y amenazas  
Con que ha querido ganarlo.

De sus amagos y ofertas  
Sin temor y sin deseo,  
Pónale el mozo bloqueo  
Por ventanas y por puertas.

Imposible es libertarse  
De sus tretas y asechanzas;  
Las mas justas esperanzas  
No llegan á realizarse.

Con negra intención traidora  
Y de su toga al amparo,  
Piensa el golilla en Genaro.  
Mas Valentina le adora.

En vano el audaz tutor  
Osó una tarde de hinojos  
Con lágrimas en los ojos  
Decirla su torpe amor.

En vano el viejo iracundo  
Al oír una repulsa  
Juróla con voz convulsa  
Por cuanto hay santo en el mundo,

No descansar un instante  
Hasta que á su amor sucumba,  
O abrirla una misma tumba  
Con su aborrecido amante.

Todo fué en vano: la bella  
Valentina enamorada  
Cada vez mas empeñada  
Siguió sin temor su estrella.

Y un día y otro pasaba  
Y siempre que él la pedía  
Respuesta á su amor, oía  
Un *no* que nunca variaba.

Y así en amarse constantes,  
Y él en perseguirles fiero,  
Nadie cederá primero,  
Ni el tutor, ni los amantes.

Mas pobre el mozo y altivo,  
Rica Valentina y bella,  
Y el tutor prendado de ella...  
Mala esperanza concibo.

Así adora el buen Genaro  
A la hermosa Valentina,  
Mas el pagarle tan fina  
Tal vez le cueste muy caro.

Poseía no lejos de Sevilla  
El tutor una quinta retirada  
Y alegre á maravilla,  
De olivos y naranjos rodeada,  
Con un fresco jardín embellecida,  
Con prolijo primor enriquecida  
Y por Guadalquivir fecundizada.

Aquí, cansado de sufrir desvíos  
De Valentina hermosa,  
Pensó acabar con sus amantes brios  
En estrecha prision larga y penosa.  
La niña temerosa  
A sus solas lloró su desventura,  
Mas cobró en su retiro fortaleza  
La fé de su pasión, y mas segura  
Ahondó raíces con mayor firmeza.  
Cada día el tutor mas apretaba  
La molesta estrechez en que yacía,  
Pero mas firme cada vez la hallaba  
Y mas enamorada cada día.

Y á través de las rejas  
A su Genaro enviaba Valentina  
Sus amorosas quejas,  
En alas de la errante golondrina  
Que colgaba su nido  
En el hueco roído  
De unas paredes viejas;  
Teniendo en su prision por compañeros  
Los pájaros del aire  
Y el rumor de los céfiros ligeros.

Mas ¡ay! en vano, en vano noche y día  
A Genaro en sus rejas esperaba,  
Genaro no venía,  
Que su cuita y su cárcel no sabía,  
O su amor y su cárcel olvidaba.

Cansados de llorar sus bellos ojos,  
Pálidas con el llanto sus mejillas,  
Y el coral mustio de sus labios rojos  
Oyen tan solo el ¡ay! de sus enojos  
Las lejanas estrellas amarillas:  
Y á manos de su duelo y amargura  
Se marchita su cándida hermosura.

Mancha una noche y silenciosa estaba:  
Radiaba en ella espléndida la luna  
Y su diáfana luz reverberaba  
En el terso cristal de la laguna.  
Gozábanse los ojos á lo lejos  
Por la estension del campo solitaria  
En la varia ilusion de sus reflejos,  
Que iluminaban la campiña varia.  
Y allá se distinguía  
Por la fértil llanura  
Del granado y naranjo la verdura,  
Y el campo igual, voluble y amarillo  
De la pajiza mies ya sazónada,

Y mucha parte en haces preparada  
Para el áspero trillo,  
Que de la caña inútil  
Va á separar el grano  
Ausiliado del céfiro villano.  
Lloraba como siempre su destino  
La niña enamorada,  
Los ojos de Sevilla en el camino,  
Y en su Genaro el ánima estasiada:  
Y así con triste acento  
Daba sus ayes al nocturno viento:

—“Triste de mí que lloro  
“Sin que mis ayes lleguen  
“Al corazón que adoro!  
“Triste de mí que me lamento en vano!  
“Paloma cuyo arrullo dolorido  
“Llama á su blanco esposo, que ha caído  
“De oculto cazador bajo la mano  
“Muy lejos de su amor y de su nido.  
“Triste de mí que imploro  
“Ayuda de quien amo,  
“Y sordo á mí reclamo  
“Aun si me escucha ignoro!  
“Triste, triste de mí, que á solas lloro,  
“Sin que mis ayes lleguen  
“Al corazón que adoro!”

Y aquí llegaba de su amarga queja,  
Cuando á través de la cruzada reja  
Y entre la sombra oscura  
Que el olivar cobija en su espesura,  
Cual blanca aparición consoladora,  
Llegar bajo sus rejas vió á deshora  
Recatada de un hombre la figura.  
Latió su corazón al percibirle  
Con doble libertad y doble vida,  
Y entre sus hierros con afán asida  
Los brazos le tendió por recibirle,  
Que ya la dijo el corazón bien claro  
Que aquella aparición es su Genaro.

VALENTINA.  
¡Cuánto por verte suspiré, amor mio!

GENARO.  
¡Y yo cuánto corrí por encontrarte!

VALENTINA.  
Yo no pensaba mas que en tu desvío.

GENARO.  
Y yo en nada pensé mas que en salvarte.

VALENTINA.  
¡Me amas, Genaro, aún?

GENARO.  
Mas que á mi vida,  
Mas que al ambiente que á tus piés respiro,  
¡Ah! perdona, Genaro, mi locura;  
Por ahorrarte ¡mi bien! solo un suspiro.

VALENTINA.  
¡Pobre Genaro; ¡y yo que imaginaba  
Que tu amor hacía mi se amortiguaba!  
¡Ah! perdona, Genaro, mi locura;  
No fué desconfianza en tu cariño,  
Fué mi desolación, fué mi amargura.

GENARO.

¡Oh Valentina mia!  
Si no me amaras tú cual yo te adoro,  
No acertara á vivir un solo día.  
Tú eres mi luz, mi suerte, mi tesoro:  
Tú, Valentina bella,  
Eres la blanca estrella  
Que mi esperanza por la tierra guía.  
Sí, tras de tí camino noche y día  
Postrándome á besar tu casta huella.

VALENTINA.

Ni yo puedo sin verte  
Pasar, Genaro, en soledad mi vida,  
Y si ha de ser sin tí, venga la muerte,  
Que yo la doy tambien por bien perdida  
Si no la he de gozar para quererte.

GENARO.

Pues bien, si no hay fortuna  
Sin mi amor para tí, ni lisongera  
Sin mí no alcanzas existencia alguna,  
Huye conmigo á la ocasion primera.  
Mil veces ¡ay! propuesto te lo hubiera  
Si mi contraria suerte  
Mas venturoso porvenir me abriera.  
Yo nada puedo darte,  
Nada puedo ofrecerte,  
Mi Valentina, mas que idolatrarte,  
Y amarte como á Dios hasta la muerte.  
Harto, hermosa, lo lloro,  
Mas tal es mi fortuna á pesar mio  
Y mi destino tal; vivo y te adoro,  
Y de la suerte con tu amor me rio.

VALENTINA.

Sí, bien dices, Genaro,  
Tienes razon, mi corazón es tuyo.  
De mi tutor avaro  
En la ocasion primera  
Libre, contigo donde quieras huyo.

GENARO.

¡Oh! tal resolucion. . . .!

VALENTINA.

Genaro mio,  
Ya no puedo arrostrar mi desventura.  
Callártela queria,  
Mas imposible es ya, porque desgarrar  
Tan amargo pesar el alma mia.  
Sabe, Genaro, que el infame viejo  
No satisfecho con gozar mi herencia  
Que administra sin tino y sin consejo,  
Aun tiene la insolencia  
De ofrecerme un amor que me destroza  
Las entrañas de rabia y de pavura;  
Y paga mis desaires con usura,  
Y en mis pesares con furor se goza.

GENARO.

¡Esto, cielo piadoso,  
Me faltaba no mas! ¡ah! pronto, huyamos;  
Aun me quedan amigos  
Que pobres como yo, pero valientes,  
De mi pesar y de mi amor testigos

Aun querrán ayudarme diligentes.  
¡Hay alguna ventana  
Que al campo dé, sin rejas que la guarden?

VALENTINA.

Una hay, pero es, Genaro, empresa vana,  
Porque es de un aposento  
Cuyo paso me impide gruesa puerta,  
Que solo cada día, y un momento  
Se vé una vez por mi tutor abierta.

GENARO.

No importa, dí cuál es, que ya habrá medio  
De romperla ó abrirla,  
Que á todo estoy resuelto y decidido.

VALENTINA.

Desde ese estanque puedes percibirla.

GENARO.

Sin entrar al jardín puedo escalarla,  
Y si me aguardas tú junto á esa puerta,  
Yo medio inventaré de franquearla.

VALENTINA.

¡Oh! sálvame Genaro!  
Por amor de tu madre, si la tienes,  
Por cuanto tengas en el mundo caro.

GENARO.

Sí, Valentina, si en mi amor confías  
Mañana mismo en la llamada noche  
O á manos, sí, de las industrias mias,  
O á la fuerza si no salvarte espero.  
Conozco á un capitán de una fragata,  
Amigo fiel y noble caballero,  
Que á bordo admitirá dos desechados:  
Y el suelo de la Italia protectora  
Se abrirá á dos amantes espatriados;  
Que á la Italia arribar será en buena hora.  
Daránme allí mi espada ó mis pinceles,  
O la honrada fortuna del soldado,  
O la fortuna espléndida de Apeles:  
Que todo con tu amor será sobrado.  
Sonó en esto una llave, y percibiendo  
Por las junturas, luz de una ventana,  
Fuese Genaro á la espesura huyendo,  
Diciéndose los dos “hasta mañana.”

Quien en el cuarto entró de Valentina  
Fué su tutor, el juez, porque Genaro  
Acechando á favor de la espesura,  
En la ventana vió clara y distinta  
Aparecer del viejo la figura.  
Vióla tender los brazos,  
Y cerrar las vidrieras,  
Y la luz interior ir á pedazos  
Menguando al entornarse las maderas.  
Vió la luz á través de las junturas  
Largo tiempo brillar, y oyó acercándose  
La voz del juez inteligible apenas,  
Ora con voces de dureza llenas  
Creciendo, ora en murmullos apagándose.  
Oyó á la niña replicar á voces,  
Y otras quejarse y prorumpir en llanto.

Mas no entendió por mas que estuvo atento  
Lo que dentro pasó del aposento.  
Mil veces quiso de su escucha en tanto  
Su secreto romper sin miramiento;  
Mil veces al oír de Valentina  
El angustiado acento,  
Su corazón anduvo  
Entre el miedo y la cólera indeciso,  
Y al jardín de saltar tentado estuvo  
La mansion asaltando de improviso.  
Quedó en silencio al fin el aposento,  
Faltó la luz de adentro, y no escuchando  
Llanto, ni voz, ni paso, ni gemido  
El infeliz galán, fuese alejando,  
Recordando el acento dolorido  
Con que su amada hermosa  
Le dijo congojada y afanosa:  
"Ay, sálvame, Genaro,  
Por amor de tu madre, si la tienes,  
Por cuanto tengas en el mundo caro!"  
Y á este recuerdo los amantes ojos  
Tornando á la ventana,  
"Sí, dijo el triste, volveré mañana."

## II.

Está la siguiente noche  
Encapotada y oscura,  
Veladas entre nublados  
Las estrellas y la luna.  
Yace la quinta en silencio,  
Y no penetra ni alumbra  
El resplandor mas escaso  
De alguna lámpara turbia,  
Ni de una puerta el encaje,  
Ni las estrechas junturas  
De una ventana, que en sombra  
Todo en redor se sepulta.  
Oyese solo el murmullo  
Con que en las ramas susurran  
Las ráfagas desiguales,  
Que los olivares cruzan.  
De la chicharra el chirrido  
Allá á lo lejos se escucha,  
Que la tormenta vecina  
Con áspero canto anuncia:  
Y el eco sordo y lejano  
Del trueno, que en las alturas  
De nube en nube se arrastra,  
De nube en nube retumba.  
Allá en el negro horizonte  
Por do la tormenta surca  
De cuando en cuando un relámpago  
Se inflama con luz sulfúrea.  
Y á su esplendor fugitivo  
Se aclaran en la llanura  
Cuanto objetos la llenan  
En muchedumbre confusa.  
La media noche sonaba,  
Y comenzaba la lluvia,  
Cuando dejaba Genaro

Del olivar la espesura,  
Seguido de dos mancebos  
Que hicieron su causa mútua,  
Resueltos á poner cabo  
A la mas árdua aventura.  
Valientes como él son ambos,  
Y como él desde la cuna,  
Sin mas apoyo en el mundo  
Que su espada y su bravura;  
Sin mas porvenir que el tiempo,  
Ni otra hacienda que la tumba,  
Mas dignos como él entrambos  
De mas pródiga fortuna.  
Con cautelosa prudencia  
Pisando la tierra húmeda,  
Hasta el estanque llegaron  
Que con la casa se junta.  
Sobre él daba un ventana,  
Ni baja, ni á tanta altura  
Que no pudiera salvarse  
Aunque difícil y mucha.  
Aquí soltando su capa  
Y colgando á su cintura  
Sus preparadas pistolas,  
Genaro un punto calcula  
Con la distancia, sus fuerzas,  
Se empina, se encoje, duda,  
Y avalanzándose osado  
Salta por fin y se oculta.  
Quedó otra vez en silencio  
La escena en la sombra muda,  
Y afuera los dos amigos  
No oyen por mas que escuchan.  
En tanto á solas Genaro  
En las tinieblas procura  
Dar con puerta que le guie  
A encontrar con lo que busca  
Dentro de su pecho late  
Con agonía profunda  
Su corazón, á quien negros  
Presentimientos asustan.  
Las solitarias estancias  
El ruido menor no turba,  
Ni escasa las ilumina  
La lamparilla mas mustia.  
El aire que á bocanadas  
Por los aposentos zumba,  
Y que la cara le azota,  
Claramente le asegura  
De que las puertas abiertas  
Están; y parece en suma  
Que está desierto la quinta,  
Y su esperanza difunta.  
Llamar á veces intenta  
A los de fuera en su ayuda,  
Mas teme engañarse, y teme  
Que sus voces le descubran.  
Con planta perdida mide  
Toda la estancia que ocupa,  
Todas las paredes toca,  
Todos los techos calcula.  
Dió al fin con un picaporte:  
Alzale con tiento, empuja,

Cede la puerta, y á tuestas  
Pasa el dintel, y ¡oh ventura!  
Por una abierta ventana  
Se asoma, y mucho se ofusca,  
O es la del mismo aposento  
Que á su Valentina oculta.  
Sí, reconoce las rejas,  
Y la encrucijada curva,  
Que hasta el olivar conduce,  
Y que protejió su fuga  
Cuando en la noche anterior  
En su visita nocturna,  
Sus pláticas la llegada  
Del tutor rompió importuna.  
¿Mas cómo allí no le espera  
Su amor? ¿será que rehusa  
Valentina el pronto amparo  
Que de él invocó en su angustia?  
Valentina, ¿dónde estás?  
¿No me conoces? pregunta  
En la oscuridad Genaro:  
Mas su corazón se turba,  
Y sus rodillas flaquean,  
Y de desconsuelo suda  
Al ver que su voz no tiene  
Correspondencia ninguna.  
¡Valentina mía! esclama  
Con desolada amargura,  
¡Valentina mía! . . . y solo  
Mía los ecos retumban.  
Los brazos tiende en la sombra,  
Y se avanza á la ventura,  
Mas nadie se arroja en ellos,  
Nadie le responde nunca.  
Brilló un relámpago acaso,  
Y á su pálida y sulfúrea  
Llamarada, hirió un objeto  
Sus ojos, que el llanto nubla.  
Tendió las manos al sitio  
Dónde le vió, y ropas húmedas  
Tocó de un lecho, y un brazo  
De mujer.—Le asió convulsa  
Su mano. . . ¡Dios infinito!  
¿No hay un rayo que reduzca  
Un desdichado á ceniza  
Cuando tal cáliz apura?  
Aquel brazo frio siendo  
El cuerpo á que se une busca,  
Mas al arribar sus manos  
A la garganta desnuda,  
Cayó Genaro en el suelo  
Sin sentidos que le acudan,  
Porque no halló la cabeza  
Al tronco sangriento junta.

Pasaba en tanto la noche  
Y el agua caía á mares,  
El espantoso nublado  
Sobre la tierra rasgándose.  
Cansados ya los amigos  
De Genaro de esperarle,

Y viendo que el tiempo corre,  
Y de la quinta no sale,  
Por la ventana treparon  
En voz prudente llamándole.  
Mas viendo con hartó asombro  
Que no les responde nadie,  
Asiendo de una linterna  
Que al caso dispuesta traen  
Diéronla luz y se entraron  
El aposento adelante.  
Todos estaban desiertos;  
Todas las puertas sin llaves;  
Todo por tierra en desórden  
El ostentoso mueblaje;  
Muchas cerraduras rotas,  
Y rotos muchos cristales.  
Todo mostraba en la quinta  
De algun reciente pillage  
O algun siniestro atentado  
Las evidentes señales.  
Mas ¡cuánto fué de los inozos  
El horror de intenso y grande,  
Al dar tras de pocos pasos  
En un cuarto donde yace  
Genaro tendido en tierra  
Y el suelo nadando en sangre,  
Y en una alcoba en un lecho  
De una mujer el cadáver!  
El cuadro de su ignominia  
Si les achacan el lance,  
Fué la idea que en su mente  
Vino primero á aclararse.  
No era el amor de Genaro  
Allí lo mas importante,  
No era su vida ó su muerte  
El resultado mas grave:  
Era su honor, pues si al cabo  
Por ladrones les tomasen,  
Pagáran en un patíbulo  
Lo que en sus almas no cabe.  
Asieron pues de Genaro  
Por un resto bien laudable  
De una amistad generosa,  
Mas que de poco les vale:  
Porque no bien se inclinaron  
En brazos para elevarle,  
(Pues ni se mueve ni alienta)  
Cuando á las voces de ¡infames!  
De ¡asesinos! y ¡ladrones!  
¡A ellos! ¡prenderles! ¡matarles!  
El aposento asaltaron  
Domésticos y jayanes,  
Con hoces y podaderas,  
Con asadores y sables.  
Sin que pudieran valerse  
La multitud de ellos ase,  
De maldiciones é injurias  
Y de improperios llenándoles.  
El crimen lamentan unos,  
Claman otros por vengarle,  
Y por do quiera retumban  
Rezoes, juramentos, ayes.  
Volvió Genaro á la vida

Con el tumulto un instante;  
Cercáronle al punto todos,  
Y él, que ni entiende, ni sabe  
Lo que pasa en torno suyo,  
Con absortos ademanes  
Miró, y con ojos estúpidos  
En silencio á todas partes.  
¿Y VALENTINA? este nombre  
De su duelo única frase,  
Recuerda á todos á un tiempo  
Todo el horror de aquel trance.  
¡Mira! dijo el juez cogiéndole  
De las manos y arrastrándole  
De su pupila hasta el lecho,  
¡Mira tu obra, miserable!  
¡Dios mio! exclamó Genaro  
Con la cabeza abrazándose  
De su hermosa Valentina  
Que el juez le puso delante:  
¡Dios mio! exclamó, y con ella  
Segunda vez desplomándose,  
Quedó al pié sin movimiento  
Del destroncado cadáver.  
Brilló una sonrisa horrible,  
Aunque imperceptible casi,  
Sobre los trémulos labios  
Del tutor, y señalándole  
Dijo: del crimen, señores,  
Las pruebas están palpables,  
Horrorízale esa muerte,  
Pues la conoce, la sabe.

Tal es la justicia humana,  
Los juicios del hombre tales!  
La luz del prócsimo sol  
Por mas radiante que sale  
No pudo á los tres amigos  
Iluminar el semblante,  
Porque sus rayos no llegan  
Al calabozo en que yacen.

Yacen, sí, con la inútil esperanza  
De la fé y la razon de su inocencia;  
Mas ¡ay! de la justicia en la balanza  
Poco pesa por cierto la conciencia.

Nada los dos del lance han comprendido,  
Nada responderán, pues nada saben:  
Lo que han visto dirán, lo que han oido,  
Mas no habrá á quien agraven  
El crimen cometido.

A Genaro! imposible! la adoraba,  
Mas luz ni pensamiento no tenia;  
Solo en ella pensaba,  
A ella tan solo por do quier veia.

Mas ¡qué ha de responder, pobre insensato,  
A quien la luz de la razon no asiste?  
¡Qué ha de decir el triste  
Si ni oye, ni pronuncia, ni imagina  
Mas que el nombre fatal de Valentina?

Sus ojos con estúpida mirada  
Do quiera que las fija se mantienen,  
Y ni mira, ni vé, ni piensa nada.  
Solo un objeto que en su mente vive  
Sus ojos y su mente ante sí tienen,  
Que su sér y su luz de ellos recibe:  
La pálida y castísima cabeza  
De aquella idolatrada Valentina,  
Siempre de amor tesoro y de belleza,  
Objeto ¡ay Dios! de su mortal tristeza,  
Pero siempre á sus ojos peregrina.

El rápido y terrible  
Trastorno universal de sus ideas,  
Solo este objeto le dejó visible,  
Y aquel contorno pálido y sangriento  
Aquel rostro agostado y macilento  
Tan solo á sus sentidos perceptible,  
Es la oculta razon de su demencia,  
Y el móvil de su mísera existencia.

Ya ante su vista como blanco sueño  
Benéfica vision consoladora  
Le presenta risueño,  
Y el pobre loco en su ilusion la adora.

Ya cual sombra fatídica enojada  
En las nocturnas horas evocada  
De Genaro á los ojos se presenta,  
En roncas voces demandando airada  
De su venganza dolorosa cuenta:  
Y ante ella el pobre loco prosternado  
Contemplando su sangre horrorizado,  
Se agita y se amedrenta.

Y los ayes que exhala en su despecho  
El angustiado mozo  
Estremeciendo el cóncavo y estrecho  
Y oscuro calabozo,  
Llegan del carcelero hasta el oido,  
Que á su voz suspirando estremecido  
Compadece su afán desde su lecho.

En vano á recio poste maniatado,  
De sus amigos por piedad velado  
Está continuamente,  
Mas fiero cada dia y mas demente  
Se torna el desdichado.

En vano demandáronle los jueces  
Declaracion verídica y sucinta  
De la fatal historia de la quinta;  
Por mas que repitiéndole mil veces  
La idéntica pregunta

Nunca mas respondió que insensateces,  
Y de ellas nada el tribunal barrunta;  
Nada por él descubre ni adivina.

Y si por caso el que demanda nombra  
A su bella y perdida Valentina,  
Ante él evoca su tremenda sombra,  
Y el infeliz Genaro en el instante  
A su nombre funesto enloqueciendo,  
Con sus gritos la sa'a ensordeciendo,  
Con su ademan y gesto delirante  
Demuestra lo que su alma está sufriendo:  
Y de su amada en su ilusion amante  
La cabeza fatal tiene delante.  
Los jueces de su mal enternecidos  
Compasivos le absuelven,

Y á su prision le vuelven  
De donde salen pocos,  
Mas de donde él saldrá sin duda alguna  
Para dar por su pésima fortuna  
En una jaula de hospital de locos.  
¡Ay! pobre amante, cuyo amor tan raro  
Te obliga á rescatar tu triste vida  
Con tu razon, y en tu razon perdida  
Tu salvacion está! ¡Pobre Genaro,  
Que al hospital del calabozo pasa,  
Cuánto le cuesta caro  
El hospedaje de su nueva casa!

## III.

Eran seis años despues.  
¡Quién diablos mentaba ya  
Ni á la hermosa degollada,  
Ni al loco del hospital?  
Los bienes de la pupila  
Gozaba el tutor en paz,  
Y si á alguien pertenecian  
No osaba de ellos hablar.  
Que era el juez hombre de cuenta,  
Y en sus manos ademas  
Estaba el látigo puesto  
De la justicia humanal.  
Así las mas de las veces  
Las cosas del mundo van!  
Pero cortemos á tiempo  
Esta charla lenguaraz,  
Pues á los críticos toca  
Maldecir y murmurar:  
Pues tienen ya la costumbre  
De encontrarlo todo mal,  
Y yo á Dios gracias encuentro  
Que bien este mundo vá  
Y . . . con mi cuento prosigo.  
No lejos de la ciudad  
De Córdoba, y de Sevilla  
Sobre el camino real,  
Habia en mil setecientos,  
Año menos ó año mas,  
Un famoso ventorrillo  
Llamado del Sarmental.  
Ventorrillo se llamaba  
Y con justicia en verdad,  
Pues á la altura de venta  
No supo nunca llegar.  
Era una mansion cuadrada  
Que con perfecta equidad  
Cerraba en sola una pieza  
Cocina, cuadra y pajar.  
Es decir que el ventorrillo  
Era, hablando en realidad,  
Un portal que á duras penas  
Pudiera ser palomar,  
Donde á comer ni á dormir  
Se han detenido jamas  
Sino pobres peregrinos,  
Mendigos ó gente tal.

En una tarde de Marzo,  
Y como dicho se está  
Del año mil setecientos,  
Del ventorrillo al umbral  
Dos mancebos platicaban  
De continente galan.  
Lloraban de gozo entrambos  
Hablandose con afán,  
Y tiernamente abrazándose  
Y tornándose á abrazar,  
Dándose pruebas continuas  
Del cariño mas cordial,  
Preguntando y respondiendose  
Sin dejarse respirar.

EL UNO.

¿Con que de Florencia?

EL OTRO.

Sí.

EL PRIMERO.

¿Bueno del todo?

EL SEGUNDO.

No á fé;

Por mas que lo procuré  
Jamás me restablecí.  
Muy débil quedóme el juicio,  
Y hay, Federico, ocasiones  
En que tengo distracciones  
Que parecen maleficio.  
Mas del trabajo á favor,  
Mi cuerpo se robustece  
Cada dia, y me parece  
Que voy de bien á mejor.

FEDERICO.

¿Con que trabajas?

EL OTRO.

Me afano.

FEDERICO.

¿Y utilidad te reporta  
Tu trabajo?

EL OTRO.

Nada corta,  
Que estudié mucho y no en vano.

FEDERICO.

Siempre te fué la escultura  
Arte predilecto.

EL OTRO.

Nombre  
Y honra me dió, y soy otro hombre  
Desde mi fatal locura.

FEDERICO.

¿Mas cómo fué de ese mal  
La curacion?

EL OTRO.

Muy sencilla;  
Al año y medio en Sevilla  
Me echaron del hospital.  
Dijéronme . . . vuestra cura  
Se acabó y . . .

FEDERICO.

Pobre Genaro!

EL OTRO.

Yo viéndome sin amparo  
Acógime á mi escultura.  
En los seis meses primeros  
Viví con suma escasez,  
Mas dióme una obra en Jerez  
Unos pocos de dineros.  
Con ellos á Italia fuí,  
Y allí menos importuna  
Mi desdicha, hice fortuna:  
Mas me punzaba ¡ay de mí!  
El deseo de volver  
A mi patria de tal modo,  
Que al fin lo he dejado todo  
Sin poderme contener.

Díjeme: tengo algun oro  
Y alguna celebridad,  
Volvamos á la ciudad  
Donde está cuanto yo adoro.  
Y héme aquí ya, Federico,  
Que vuelvo al fin á Sevilla  
Con mi escasa fortunilla,  
Y el arte á que me dedico.

FEDERICO.

Contigo allí me tornara  
De buena gana en verdad,  
Si urgente necesidad  
Volverme no me estorbara.  
Pero mi madre me espera,  
Que á morir próxima está,  
Y tal vez no llevo ya  
Tan pronto como quisiera.

EL OTRO.

Pues Federico, adelante,  
Nuestro camino sigamos,  
Que á tu madre la robamos  
Un consuelo en cada instante.  
Parte y que te ayude Dios.

FEDERICO.

Si un día á vernos volvemos . . .

EL OTRO.

¡Oh! no lo dudes, seremos  
Hermanos siempre los dos.  
Tú encarcelado por mí  
Sufriste . . .

FEDERICO.

No hablemos de eso,  
Si estuve dos años preso  
Fué sin culpa, y ya salí.

EL OTRO.

Siempre generoso amigo.

FEDERICO.

Y siempre tuyo, Genaro,  
Pronto á partir sin reparo  
Cuanto poseo contigo.

Y aquí con lágrimas tiernas  
Se tornaron á abrazar,  
Tomando con su caballo  
Su camino cada cual.

Y creo, lector discreto,  
Que no necesitas mas  
Para saber quiénes eran  
El que vuelve y el que va.

Sin embargo, si con esto  
Aun satisfecho no estás,  
En lo que queda de historia  
Puedes el fin encontrar.

## IV.

En vano seis largos años  
En tierra extraña de ausencia  
Genaro entre las memorias  
Puso de su edad primera;  
Que las sombras que le manchan  
El cuadro de su existencia,  
Cuanto mas tienen de antiguas,  
Tienen de firmes y negras.  
El bello sol de la Italia  
No pudo desvanecerlas,  
Porque las sombras del alma  
La luz del sol no penetra.  
Mientras entregado al arte  
Vivió Genaro en Florencia,  
Adormidos sus recuerdos  
Se hicieron sentir apenas.  
Débiles fueron sus ayes,  
Cortas sus sentidas quejas,  
Porque el tiempo y la distancia  
Mucho las memorias merman.

De tarde en tarde confusas  
Entre torvas y halagüenas,  
De sus antiguos pesares  
Le asaltaban las ideas.  
Mas cual de cosas pasadas  
Se le ocurrían inciertas,  
Sin verdadero carácter  
Y sin forma verdadera.  
Aquella frondosa quinta  
Entre cuya doble reja  
De Valentina alcanzaba  
La peregrina cabeza,  
Era un recuerdo amoroso,  
No una aparición siniestra,  
Era un manantial fecundo  
De deliciosa tristeza.  
No via el semblante amado  
Sobre la gola sangrienta

Pidiendo á voces venganza;  
No, que amorosa y risueña  
Se presentaba á sus ojos  
Su Valentina hechicera,  
Como en la noche que pudo  
Bajo su ventana verla.  
Y aunque jamás de su alma  
Borrarse la imágen pueda,  
Como un amuleto místico  
Mantiénesse dentro de ella,  
Y su espíritu acompaña,  
Mas conformidad perpetua  
Guarda con él, y aunque triste  
Su espíritu no atormenta.  
Y cuanto menos horribles  
De sus memorias le cercan  
Las visiones, cuanto mas  
Se debilitan y atenuan,  
Mas de su antiga locura  
Las fatales consecuencias  
Desaparecen, y logra  
Su ánima calma completa.  
Mas esto ¡ay Dios! fué en Italia,  
Donde la gente y la tierra,  
Cuanto mira y cuanto siente  
De sus memorias le aleja.  
Mas al entrar en Sevilla,  
Donde todo le recuerda  
Sus infortunios pasados,  
Se acrecentaron sus penas  
Tornó á ser de sus memorias.  
Insensiblemente presa,  
Y á trastornarse tornaron  
Débilmente sus ideas  
Al pararse de la cárcel  
Ante las guardadas puertas,  
Recordósele la causa  
Porque fué encerrado en ella.  
Al pasar del hospital  
Ante la fachada esterna,  
Estremeciése al recuerdo  
De su abandono y miseria.  
Y aquella frondosa quinta  
A cuya reja en Florencia  
De Valentina alcanzaba  
Sonriendo la cabeza,  
Tornábasele en espejo  
De apariciones siniestras,  
Que trastornaban la suya  
Con sus miradas horribles.  
Huérfano y desconocido  
Genaro en Sevilla entera  
(Pues hoy se oculta indolente  
Y antes no célebre en ella),  
Sin un amigo tan solo  
Que distraerle pudiera,  
Pasa su vida ignorada,  
En soledad y tristeza.  
Y si habla es con Valentina,  
Con Valentina si sueña,  
Por Valentina si vive,  
Y á Valentina si reza.  
Si día y noche afanado

Mármol desbasta y modela,  
A Valentina los trazos  
De su ciencia representan,  
Ni piensa en su porvenir,  
Ni en las relaciones piensa,  
Que pueden fama lográndole  
Honor lograrle y hacienda.  
En poco estima la gloria,  
Y en menos su vida aprecia,  
Y abandonado á sí mismo  
No vé lo que le rodea.  
En una mezquina casa  
De una oscura callejuela  
Junto á la muralla vive,  
De la quinta la mas cerca.  
El camino de Carmona  
Continuamente pasea  
Desde la puerta á la quinta,  
Desde la quinta á la puerta.  
Tal vez volviendo á deshora  
El muro cerrado encuentra,  
Y al raso pasa la noche,  
Pues en el campo se queda.  
Pobre Genaro! En su pecho  
Con su soledad funesta  
Al fuego de las memorias  
Su amor antiguo fermenta.  
Y así tal vez poco á poco  
Su mente se desordena,  
Su cuerpo se debilita,  
Y sus manías empiezan.

## V.

Mayo espiraba; y su postrero día  
Entre nubes de azul, púrpura y grana  
La cenicienta claridad tendía  
De la primera luz de la mañana.  
Para gozar sus rayos bienhechores  
Entreabrían sus cálices las flores,  
Manso alzaban las ráfagas murmullo  
En la hojarasca espesa,  
Variando de la luz los mil colores,  
Y á su tranquilo arrullo  
Despertaban los pardos ruseñores.  
Todo era calma, resplandor y vida  
Por la fértil llanura,  
Y la tierra en las sombras adormida  
Tornaba á despertar juvenecida  
Debiendo al nuevo sol nueva hermosura.  
Del oscuro aposento de Genaro  
Por la estrecha ventana,  
La claridad temprana  
Penetrando pacífica y tranquila  
Hirió, cobrando resplandor mas claro,  
Del desvelado mozo la pupila.  
Tal vez cansado de nocturna vela  
O de afanosos sueños agitado,  
La recoge el mancebo alborozado  
Con ojo avaro y delicioso empeño;  
Porque la vista de la luz consuela  
Las amargas memorias de su sueño.